



FOTO DE PEGASO PERSIGUIENDO A CRONOS EN SU CAMINO A LA TIERRA

-En nuestro barrio no había, como en todos los barrios del mundo, dos bandos de chicos desarrapados sino doscientos o trescientos bandos; es decir, en nuestro barrio cada chico era un bando y eso multiplicaba por doscientas o trescientas las probabilidades de andar siempre enzarzados. Pelea segura cada vez que ponías el pie en la calle, y eso era una bicoca que nos envidiaban todos los chicos de los barrios colindantes de modo que, dentro de nuestras doscientas o trescientas divergencias - la chica bostezó -, el sentimiento colectivo de orgullo grupal nos hermanaba y nos llevábamos en la medida de lo que cabe bien; bien porque cada uno respetábamos - la chica bostezó de nuevo, bien por hambre bien por tedio - a todos los demás y, cuando las cosas se ponían muy feas, un pequeñajo contra un grandullón, por ejemplo, organizábamos una componenda rápida y puramente espontánea para apoyar al uno o sujetar al otro...siempre que el grande no fuera un rabo de lagartija y el canijo un lerdo, claro está, que entonces había que repartirse al revés...que desorganizábamos tan pronto las cosas estaban otra vez en su sitio y que solía ser enseguida, antes incluso de tener las cabezas vendadas y cada cual sus dientes en el bolsillo.

La chica bostezó por tercera vez y se puso de pie; se colocó los guantes con lentitud y se miró las manos como para cerciorarse de que en verdad eran las suyas, metió en su bolso sus cigarrillos y preguntó este mechero es tuyo o mío y el chico respondió sí es que se marchaba:

-¿Te marchas?

-¿Tuyo o mío? - muy sonriente; no era una beldad pero sí bastante agraciada.

-Tuyo, pero, ¿te vas?

-Sí; he escuchado educadamente y ahora necesito tomar un poco el aire, salir a la calle y cruzarme con gente corriente...

-¡Vaya! - halagado -, ¡gente corriente!, ¿quiere eso decir que en tu opinión soy diferente?

-Sí - y como el mechero era suyo lo guardó y, con suavidad dulzona -: muy distinto de lo que esperaba encontrar, pe